

PALADARES DE CORDELIA

Gustav Mahler

Un Piano Olvidado



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Norma Sturniolo, 2015

Ilustración de cubierta: Gustav Mahler fotografiado
por Moritz Nähr en 1907

IBIC: BG
ISBN: 978-84-15973-73-7
Depósito legal: M-40115-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

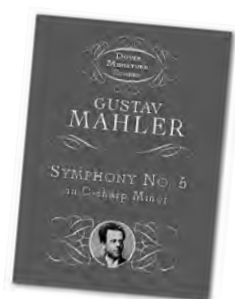
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

Gustav Mahler
Un Piano Olvidado

Norma Sturniolo



Índice



Prólogo	17
La ejemplaridad del héroe	19
Momentos de la infancia	25
El lenguaje del corazón	29
El reino de Bohemia	31
Bandas militares, canciones y orquestas de domingo	33
Risas y sorpresas	36
Un piano olvidado	41
Gustav, la cámara fotográfica y los cuentos	44
Lecciones y rabieta	46
Los cuentos de Nanni, las tardes de lluvia y el hermano pequeño	51
Las voces de la naturaleza	56
Alegres danzas campesinas	61

Para José María Merino,
por su sincera amistad de tantos años y
por sus hermosos libros.

Para mi hijo Andrés,
que amó la música desde muy pronto.



La música verdadera habla
el lenguaje del corazón.

JEAN-PHILIPPE RAMEAU





Gustav Mahler en 1907,
al final de su etapa como
director de la Ópera de Viena.

Prólogo

ESTE LIBRO NO ES un ensayo ni una biografía. La escritura de lo que viene a continuación empezó como un juego o quizás tuvo que ver con un sentimiento de gratitud. El origen remoto está en la escucha de las composiciones de Gustav Mahler, en la posterior lectura de libros sobre la creación mahleriana y, principalmente, en la lectura apasionada de biografías sobre el compositor.

A partir de entonces, unas veces de forma voluntaria y otras, inesperadamente, he recordado muchos momentos de la vida del creador de *La canción de la tierra* así como algunas de sus afirmaciones rotundas.

Ciertos momentos de su infancia se grabaron a fuego en mi memoria.

Quede claro que el interés por lo biográfico no obedece a la intención de explicar la obra del autor por la biografía. Toda obra de arte se basta a sí misma. Simplemente se debe al deseo de conocer la vida de alguien que enriqueció el patrimonio de la humanidad, que ensanchó los límites de mi mundo, que nos legó una obra que, como toda obra de arte, nos ayuda a entender y entendernos. Era imposible que no afloraran espontáneamente preguntas del tipo: ¿Cómo fue su infancia? ¿Cómo era la sociedad en la que le tocó vivir? ¿Quiénes fueron sus padres, sus familiares, sus amigos? ¿Quiénes lo ayudaron en el desarrollo de su labor creativa y quiénes le pusieron obstáculos? ¿Quiénes fueron sus amigos? ¿Qué artistas influyeron en él? Y un montón de preguntas más.

Afortunadamente, sobre Gustav Mahler hay una muy buena y abundante bibliografía que puede saciar la curiosidad más voraz.

Antes de referirme al desarrollo imaginativo que generaron los recuerdos de algunos momentos de la vida de Mahler, voy a explicar por qué su obra y su vida se encuentran entre las obras y las

vidas de otros creadores que me acompañan de una forma especial.

LA EJEMPLARIDAD DEL HÉROE

El héroe no es optimista sino enérgico.

FERNANDO SAVATER

Con las alas que conquisté para mí he de volar.

GUSTAV MAHLER

No te des por vencido ni aún vencido.

ALMAFUERTE

Heroísmo es, por definición, desafío de la seguridad.

ERNST BECKER

¿POR QUÉ MAHLER me acompaña de una forma especial? Porque, entre otras muchas cosas, significa un estímulo, un mensaje moral que sostiene en las dificultades, que alienta a perseverar en las metas propuestas a pesar de todas las adversidades que puedan presentarse. Escuchar a Mahler es aprender a amar la complejidad.

dad, es conectarnos con la pasión y la inteligencia, con un espíritu vehemente que nos habla de las tempestades de la vida y de no abandonar el timón cuando se hace la oscuridad y arrecia la tormenta.

El conocimiento de su biografía me conectó con la idea de lo heroico no asociado a la heroicidad de los superhéroes provistos de poderes sobrenaturales, sino con lo heroico humano, lo que concierne a un hombre, a una mujer que, al enfrentarse a una tarea que parece imposible, no se dan por vencidos, no huyen ni escatiman ningún esfuerzo y, si experimentan la derrota, no se dejan vencer por el desánimo y siguen insistiendo hasta conseguir llevar a cabo su tarea.

Mahler luchó infatigablemente por hacer realidad sus ideales en una sociedad donde muchos se oponían a sus innovaciones como compositor y como director. Es admirable su firmeza frente a la resistencia de quienes se amparaban en la comodidad de la rutina, de la desidia o la intriga.

Nunca dejó de combatir la pereza ni atenuó sus críticas hacia la negligencia. Entre otras declaraciones mahlerianas, José Luis Pérez de Arteaga recuer-

da la afirmación categórica de Mahler contra los que se atrincheraban en la cómoda rutina teatral: «Lo que vosotros, gente de teatro, calificáis de tradicional es en realidad comodidad y abandono. *Tradition ist schlamperei!* (¡Tradición es abandono!)».

Otra de sus afirmaciones memorables que demuestra su entereza, la hizo cuando era director de orquesta en Viena. Mahler, de origen judío, tuvo que convertirse al catolicismo para poder acceder al puesto de director de orquesta del Real e Imperial Teatro de Ópera de la Corte de Viena. Fue el director de la misma desde 1897 a 1907, y bajo su mandato el teatro alcanzó el más alto grado de perfección a pesar de que encontró todo tipo de oposiciones, incluida una denigrante campaña antisemita promovida desde la prensa donde se escribían los más crueles insultos y descalificaciones personales por su condición de judío. Llevar a la perfección a una orquesta que estaba sumida en la rutina no fue tarea fácil. Además, la enorme exigencia, la severidad, el rigor extremo de Mahler exacerbaba aún más el ánimo de quienes añoraban la comodidad de los viejos hábitos. Nun-

ca cedió a la campaña de rebeliones, intrigas y quejas. Su tenaz compromiso con la excelencia lo predispuso a seguir persistiendo en su actitud. Resumió su obstinación en esta frase concluyente: «Me golpeo la cabeza contra la pared pero es la pared quien tendrá el agujero».

Su espíritu rebelde y libre también se manifestaba a través del humor y de la ironía. En su libro sobre Mahler, el compositor y director de orquesta Bruno Walter reprodujo una carta fechada el 2 de julio de 1896 que es muy ilustrativa al respecto. Mahler invitó a Bruno Walter a pasar unos días en su casa de Steinbach-am-Attersee donde estaba terminando el primer movimiento de su *Tercera Sinfonía*. En la carta entrecomilló, con sentido de la ironía, algunas referencias a las críticas que recibía.

(...) No dudo que nuestros amigos los críticos, oficiales y oficiosos, sufrirán de nuevo vértigos, pero los que disfrutan con los agradables paseos que propongo, se van a divertir mucho. La obra entera está, desde luego, teñida con mi deplorable sentido del humor y «aprovecha a menudo la ocasión para some-

terse a mi lamentable afición por los sonidos desagradables». Bastante a menudo los músicos «no se prestan la menor atención mutua y es toda mi naturaleza morosa y brutal la que se revela en su entera desnudez». Cualquiera sabe que no puedo pasarme sin trivialidades. Esta vez, sin embargo, se han franqueado todos los límites de lo soportable. «¡A veces se tiene la impresión de haber entrado en una tasca o en una pocilga!». ¡Venga deprisa, entonces, después de haberse puesto su armadura! Si su gusto se ha refinado en Berlín, ¡prepárese para verlo irremediabilmente estropeado!

Mahler tenía la capacidad de aceptar lo nuevo y era generoso —la generosidad es otra de las virtudes del héroe— con quienes necesitaban su ayuda. Por ejemplo, apoyó al compositor, teórico musical, pintor y maestro de la Segunda Escuela de Viena, Arnold Schönberg aunque afirmaba que no entendía su música pero, alejado de cualquier dogmatismo, añadía: «Él es joven y tal vez tiene razón».

Entre otros muchos aspectos de la vida de Mahler, Arnoldo Liberman también

se refiere a esta virtud. Cuenta que «dos veces (en el *Cuarteto de cuerdas n.º 1 opus 77* y en el de la *Sinfonía de Cámara*) Schönberg fue defendido por Mahler ante la hostilidad del público y de los críticos. Hizo acallar al público y cuanto más agresivo este se ponía, más Mahler aplaudía hasta que el último de los perturbadores se hubo retirado». Asimismo, menciona un descubrimiento tardío que pone de relieve la generosidad moral y material de Mahler. Cuenta que el 13 de setiembre de 1911, el compositor Anton von Webern escribió a su maestro Arnold Schönberg para decirle que Gustav Mahler había comprado algunas de los cuadros pintados por Schönberg, pero había pedido que no se revelara su identidad. Una vez muerto Mahler, Anton von Webern decidió revelar la verdad a Schönberg.

Mahler llegó a afirmar que toda su vida había tenido que avanzar con bolsas de tierra atadas a sus pies y sin embargo, no se dio por vencido ante las adversidades y se empeñó en llevar a cabo su ideal. Queda claro por qué es de una ejemplaridad estimulante. Herman Nohl hablaba de la fuerza alegre del ideal y tenía razón, un ideal es una fuerza que

nos aleja de la incredulidad y la desconfianza. Mahler fue fiel a su ideal, tuvo fe en su obra y no perdió la confianza ante las críticas negativas. Acostumbraba a decir a sus amigos: «¡Mi tiempo llegará!».

MOMENTOS DE LA INFANCIA

No creáis que el destino sea otra cosa que la plenitud de la infancia.

RAINER MARIA RILKE

EN UNA CARTA a su amiga, la violinista Natalie Bauer-Lechner, Mahler afirmó: «Fue relativamente tarde cuando comencé a existir y a crear por mí mismo, aunque después de los cuatro años siempre hice y compuse música. Es natural que la vida entera esté alimentada por lo que se absorbe y asimila durante los años cruciales de la infancia. Cada día me doy cuenta un poco más de hasta qué punto aquellas experiencias espirituales y las impresiones de esos años han marcado mi vida futura en su forma y contenido».

Al recrear algunos momentos de la infancia de Gustav Mahler, los que más frecuentemente afloraban a mi memoria,

procedí de distintas formas. El desarrollo imaginario, a veces, solo consistió en inventar algunos diálogos y describir algunos sentimientos. Otras veces fue más amplio y lo conté de la forma en que me parecía que hubiera podido suceder en la vida real; otras, como me habría gustado que hubiera sucedido y, por último, como en el caso de *Las voces de la naturaleza* y la parte final del *El reino de la música*, porque mientras escribía surgió un estado de ensoñación donde casi me parecía estar presenciando el momento que evocaba.

Voy a poner algunos ejemplos de ese procedimiento.

Sabía por las biografías leídas que, cuando Mahler tenía tres años, le atraía caminar detrás de las bandas militares tocando un pequeño acordeón. Me pregunté qué hubiera pasado si se hubiera perdido y a partir de ahí me gustó imaginar una situación plena de alegría y cordialidad donde se compartían bromas, canciones y se celebraba la aparición del niño en medio de una plaza.

Mahler empezó a componer la música y el texto de la cantata llamada *La canción del lamento* (*Das Klagende Lied*)

a los dieciocho años, en 1878. Se basó en diversas fuentes, una de las cuales es *Der Singende Knochen (El hueso cantor)* de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm. Leí el texto de Mahler traducido al español por José Luis Pérez de Arteaga primero, en un programa de mano y luego, en el libro de Pérez de Arteaga sobre Mahler y me sorprendió la belleza del mismo. No sabemos cuándo escuchó por primera vez esas narraciones ni cómo tomó contacto con esas fuentes. He querido imaginar a un Mahler niño, rodeado de otros niños, escuchando por primera vez el cuento de los Grimm de boca de Nanny, la niñera de la familia de su amigo Theodor y también imaginé su reacción desolada. Asimismo, reelaboré una versión del cuento de los hermanos Grimm, que coincide en lo fundamental y difiere en algunos motivos con el texto de la cantata de Mahler.

Los apartados titulados *Alegres danzas campesinas* y *Las voces de la naturaleza* no responden a un dato concreto, pero tienen que ver con diferentes hechos reales como el conocimiento que tuvo Mahler de las danzas campesinas, su inveterado amor por la naturaleza,

reflejado en sus cartas y presente en sus composiciones, y el amor hacia su hermano Ernst al que acompañó durante la enfermedad que acabaría con su vida y al que le contaba cuentos junto a la cabecera de su cama.

En *El reino de la música* parto de un hecho real que ha sido muy difundido desde el momento en que se conoció. En 1910, un año antes de su muerte, Mahler, aquejado por graves problemas de salud, estaba atravesando una crisis matrimonial y un amigo le aconsejó que se entrevistara con el creador del psicoanálisis, Sigmund Freud. El encuentro entre ambos se produjo el 26 de agosto de 1910 en Leyden. Quince años después, Sigmund Freud se refirió a la conversación que mantuvo con el compositor en una carta dirigida a la psicoanalista Marie Bonaparte. Entre otras cosas, contó en esa carta que en el transcurso de la conversación, Mahler aseguró haber entendido por qué su música nunca había podido alcanzar la perfección en los pasajes nobles, los inspirados por las más profundas emociones, sino que quedaban frustrados por la intrusión de alguna melodía banal. La explicación la encontró

en un hecho vivido en la infancia, cuando se produjo una escena violenta entre sus padres, tan insoportable para él que decidió marcharse de casa. En su huida, oyó una alegre música de organillo de una canción vienesa popular, *Ach du lieber Agustin*. Mahler consideró que la conjunción de la tragedia y la diversión estuvieron, a partir de entonces, unidas en su mente, de modo que un estado de ánimo llevaba inevitablemente al otro.

Me gustó imaginar que la huida angustiada de casa de los padres, después de ciertas vacilaciones, acababa desembocando en un momento esperanzador relacionado con la potencia creativa del compositor.

EL LENGUAJE DEL CORAZÓN

Mi música no es más que un rumor de la naturaleza.

GUSTAV MAHLER

Para comprender, hay que saber volver a encontrar la emoción.

ANDRÉ GLUCKSMAN

EN SU LIBRO sobre Mahler, Bruno Walter transcribió unas afirmaciones del compositor escritas a principios de 1909:

«Es extraño, cuando oigo música, incluso si la dirijo yo, escucho respuestas muy precisas a todas mis preguntas y todo es para mí perfectamente claro y evidente. O, más bien, lo que me parece ver claramente es que no son preguntas en absoluto».

Esta es otra de las citas de Mahler que permanece imborrable en mi memoria.

He querido acabar esos momentos de la infancia con la imagen de un Mahler niño, unido a la naturaleza, escuchando sus voces, consolado por la idea de un universo musical en el que todo tiene cabida, dirigiendo una orquesta invisible y celebrando la vida con su música.

Ha sido mi manera de agradecer al héroe vulnerable y por eso humano que fue Mahler, su música fraternal.

En el reino de Bohemia



Casa de la familia Mahler en Kaliště, Bohemia.

ESTA ES LA HISTORIA de algunos momentos de una vida donde la alegría y la tristeza se alternaron con intensa vehemencia. Hay en ella una llamativa distribución de luces y de sombras, como en la técnica del claroscuro. Lo singular de esta historia es que su protagonista transformó esas luces y sombras en una música sublime.

El mágico alquimista nació el 7 de julio de 1860 en Kaliště, una aldea del reino de Bohemia perteneciente al Imperio Austríaco. Las campanas no anunciaron su llegada al mundo. No hubo un festejo como cuando nace un príncipe heredero. Sin embargo, el recién naci-

do sería el creador de un reino maravilloso. Sus padres decidieron llamarlo Gustav. La madre no era una reina sino un ama de casa llamada Maria, y el padre, Bernhard, fabricaba y vendía licores. A Bernhard le hubiera gustado



Maria y Bernhard Mahler, padres del compositor.

estudiar, pero tuvo que trabajar duro desde pequeño. Poseía una carreta con un caballo y, mientras la conducía, leía toda clase de libros. Los aldeanos, amantes de las chanzas, lo apodaron *el Carretero Ilustrado*. Bernhard no hacía caso de las bromas. Él quería progresar y deseaba que sus hijos ocuparan un lugar importante en la sociedad, que consiguieran lo que él no había podido conseguir porque sus circunstancias se lo habían impedido. Es posible que su in-

fancia, llena de obligadas renunciaciones, influyera en su carácter. La cólera lo dominaba con bastante frecuencia. Por el contrario, Maria tenía un carácter dulce. Era coja de nacimiento y padecía una enfermedad cardíaca. La suerte no le había sonreído. Dio a luz a catorce hijos, siete de los cuales murieron siendo niños y el octavo en la adolescencia. Además de sus problemas de salud y de sufrir la pérdida de tantos hijos, tuvo que soportar los arrebatos coléricos de su marido. Sin embargo, nunca perdió su afeblimiento. También cargó con un apodo: por sus maneras suaves y refinadas, la llamaban *La Duquesa*.

BANDAS MILITARES, CANCIONES Y ORQUESTAS DE DOMINGO

A LOS POCOS MESES de haber nacido Gustavo, se cumplió un sueño largamente acariciado por Bernhard. Hacía mucho tiempo que él quería marcharse a un lugar donde le fuera posible mejorar sus condiciones de vida.

Hasta entonces no había podido hacer realidad ese sueño porque era judío

y a los judíos se les impedía muchas cosas en aquellos años y en aquel lugar. Se les había prohibido cambiar de residencia. Pero poco después del nacimiento de Gustav, las leyes les permitieron mudarse y vivir en ciudades fortificadas, con destacamentos militares. Bernhard se trasladó con su familia a Iglau, una ciudad alegre y bulliciosa, en parte alemana y en parte checa, donde reinaba una pacífica convivencia.

Cerca de la casa adonde se trasladaron había un cuartel. El pequeño Gustav disfrutaba con el ir y venir de las tropas. Le gustaban los ritmos de las marchas militares, el toque de diana y los cambios de guardia.

Un enjambre de niños corría detrás de los soldados que tocaban instrumentos de viento y tambores.

En Iglau el aire estaba poblado de sonidos. Se oían los estridentes de las bandas militares, los cantos de los soldados, la música de los organilleros y las orquestas de los domingos.

Bernhard era dueño de una taberna. Los parroquianos cantaban canciones populares que Gustav escuchaba atentamente.

—¡Ven a comer! —lo llamaba su madre.

Él estaba embelesado con las canciones que oía. Maria se veía obligada a ir a adonde se encontraba su hijo y a veces debía llevárselo a rastras.

Un parroquiano, al ver que movía sus manitas siguiendo el ritmo, dijo:

—Aquí tenemos a un futuro director de orquesta.

Nunca imaginó que ese comentario pronunciado con espíritu jocosos era en realidad un vaticinio.

A los tres años le regalaron un pequeño acordeón. Aprendió a tocar de oído. Recordaba las canciones que escuchaba en la taberna y las tocaba produciendo asombro en los que lo rodeaban.



—¿Cómo puedes acordarte de esa canción si la has oído una sola vez?! —le preguntaba algunas veces su madre.

Gustav sonreía y se encogía de hombros.

Pero no todo era música en su casa. Los llantos y enfermedades de los hermanos pequeños, con su triste se-

cuela de muertes, las intensas migrañas de la madre, la violencia del padre, los gritos y los golpes formaban parte de su realidad cotidiana.

Gustav se defendía de los aspectos dolorosos de la realidad refugiándose en el mundo de la imaginación. Los cuentos y las canciones populares que oía le ofrecían un lugar donde guarecerse.

Al verlo andar distraído, su madre decía:

—Mi niño deambula por los senderos de la fantasía.

RISAS Y SORPRESAS

GUSTAV ERA UN NIÑO inquieto y sensible. Aún no había cumplido cuatro años cuando sucedió algo que hizo dar un vuelco al corazón de su madre.

Una mañana, mientras lo estaban vistiendo, comenzó a oír los primeros sonidos de una música interpretada por la banda militar. Gustav se impacientó. No le importaba que aún no hubieran acabado de ponerle todo lo que necesitaba para estar completamente vestido. Él